

Arte poética: la infinitud de Montemayor

Margarita Muñoz*



ablar de un personaje como Carlos Montemayor, cuyas dimensiones literarias, estéticas, y culturales trascienden nuestro país, no sólo resulta difícil sino, seguramente, insuficiente.

El mundo donde se desarrolló y que decidió desentrañar, comprender y amar es como un caleidoscopio que llama a adentrarse en una dimensión tan rica, vasta y variada como su obra. Poeta, ensayista, traductor, novelista, cuentista y crítico, a través de su enorme acervo literario y su creatividad ilimitada abordaba cualquier tema con sensibilidad y erudición.

En tantos de los océanos de la sabiduría, Carlos navegó como marinero experimentado en viajes por aguas de altamar. Además de su agudeza como

analista político, fue un conocedor de las literaturas clásicas y las filosofías antiguas y estudioso del latín, griego, hebreo y de varias de las lenguas indígenas mexicanas, como tzotzil, tzeltal, lacandón y náhuatl. Su amor por nuestra cultura lo llevó a investigar los recursos literarios de lenguas indígenas de México, como el maya yucateco, las lenguas mayas de Chiapas, el zapoteco del Istmo y el purépecha, dando como fruto dos volúmenes con escritos en diez lenguas indígenas.

Ser políglota y artífice de la lengua le valió ingresar como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua. Su obra refleja el oficio de un escritor de lenguaje luminoso, trabajado, que realza la resonancia de nuestro idioma, siempre anclado en la tradición clásica. Aunque toda su vida sostuvo con su palabra y sus actos su pasión por la narrativa y la poesía, creía que esta última era la expresión más pura

Fecha de
recepción:

2021-07-22

Fecha de
aceptación:

2021-11-11



* Intelecta, empresa cultural independiente.

Una versión más extensa de este trabajo se publicó en el *blog Rancho Las Voces, Revista de arte y cultura* (1 de agosto, 2010) y en la revista *Metamorfosis* (núm. 54, 2021, pp. 14-19).

de la lengua humana, la forma más depurada de la literatura: “La poesía es una forma de invocación, una forma de conjuro, una especie de grito salvaje y armonioso de la especie humana, en cambio la narrativa es una forma de apoderarnos del mundo que quisiéramos poseer para siempre y jamás perder. La poesía es un conjuro, la narrativa es una apropiación de las cosas”.

Arraigado en su natal Hidalgo del Parral, Chihuahua, donde vio la luz en 1947, el norte mexicano permea en toda su obra. Sus raíces, su experiencia vital, sus años fundacionales y su formación moral y religiosa están fincadas en los ásperos paisajes de esta tierra. Sus afilados contornos, sus largas sequías y el trabajo en las minas quedan plasmados en la visión estética que imprimió en su obra con un claro y nutrido compromiso social y político.

En Parral estudió la primaria y la secundaria; luego la preparatoria en Chihuahua. Después se marchó a la Ciudad de México donde realizó estudios universitarios y de posgrado. Los dos años en Chihuahua y el primero en México le distanciaron del paisaje natural de su tierra y a su regreso, en unas vacaciones escolares, se reencontró con sus cerros, con el ambiente minero y con el paisaje semiárido. Esto lo empujó a la escritura y la necesidad de expresar la emoción frente al paisaje lo condujo a la poesía. La tierra para Montemayor era un ser vivo que podía mirar, tocar, hablar. Esta sensación la transmite en muchas entrevistas al declarar que la tierra, el paisaje, no era

sólo un escenario, sino una forma de conciencia. Creía que la eternidad nos acechaba en ciertos momentos de la vida y que gran parte de ellos los conocimos en la infancia.

“Arte poética I” es uno de sus primeros poemas. Todos los autores que han escrito sobre la poesía de Montemayor coinciden en señalar que se trata de su tesis sobre la poesía: allí están sentadas las bases de su creación poética. Esta pieza fue escrita cuando aún no se dedicaba a la literatura como una actividad total, cuando se definía a sí mismo como un investigador que recopilaba información sobre los temas que años después desarrollaría. Era un “testigo silencioso” en un momento convulso de la historia de nuestro país.

Se entregó a la poesía, la narrativa y al ensayo. Esta manifestación de su quehacer es la visión totalizadora, estética, filosófica, artística y humana. El otro enfoque central es la condición humana, el ser que se enfrenta a sus deseos, a sus recuerdos y pérdidas, a sus sueños, a su destino, a su muerte.

Carlos siempre recordaba cuánto le había afectado la muerte de sus padres. Su madre falleció siendo él aún muy niño y con esa pena escribió varios poemas bajo el título *Memoria*, textos dedicados a Parral en los que también se encuentra con su padre. Su poesía está llena del aliento de la dicha de los hermanos y la familia, de la pasión por la tierra, los árboles, los ríos, los amigos. “Quisiera ahora estar sentado / en una gran piedra bajo los árboles / y sentir el paso del viento[...]

/ si estar ahora en un huerto fresco /
donde mi madre volviera a vivir / y se
sentara a mi lado bajo la sombra pero
estoy aquí / contento con esta tristeza
de mi memoria”.

Montemayor decía que la poesía es una forma de conocerse a sí mismo, no como un ornato del lenguaje, sino como una vía, un camino para entender a cabalidad una actitud vital, una vivencia interior, un deseo inexpresado o la memoria incluso. Siempre se sintió fundamentalmente poeta, la poesía le parecía un vehículo para reflexionar sobre muchos aspectos de la literatura. La mayor parte de sus ensayos fueron sobre poetas y sobre la poesía: “La poesía, es el motor inmóvil que mueve todas las cosas”.

Toda literatura fue para Montemayor un acto de reflexión, sin embargo, la poesía era una forma de introspección en su propia naturaleza, donde el idioma cala más profundo en la conciencia humana. Decía que “la poesía es el referente más luminoso para entender cualquier época de la humanidad” —y añadía—, “Los chihuahuenses todo lo que hallamos es un inmenso desierto, estamos ajenos a las culturas mesoamericanas, no tenemos esa carga existencial”.

Con su obra buscó comprender las emociones humanas y se adentró en la historia reciente de México; su testimonio es una batalla ganada por mantener vivos en la memoria colectiva los movimientos sociales más importantes del país. “Todo quedó en

esta plaza / nuestro amor en las piedras otra noche derrumbada / el silencio vela como ataúd madre y hombre / entre las botas y escupitajos de las escoltas / y la vida se ensucia / escondida en los edificios / con el afanoso mendrugo / que nos queda del amigo que no alcanzó a huir”.¹

Para Montemayor, toda su producción tenía el mismo hilo conductor: lo clandestino y lo subterráneo. De ahí que la minería siempre esté presente en sus poemas. Además, su infancia transcurrió asociada a la actividad minera, propia de su ciudad natal. La Prieta, en Parral, fue un elemento fundamental en su niñez. En su obra lo asocia con la cultura grecolatina, de la que dice es “el subsuelo de la cultura de Occidente”. Las culturas indígenas de Mesoamérica son otra forma de subsuelo de la cultura mexicana actual y los movimientos guerrilleros son el mundo clandestino, soterrado, de la resistencia social.

El poeta expresaba que no le era posible unir amor y muerte, que no entendía la relación de Eros con Tanatos: “La temática erótica viene de mi propia pasión por la mujer, la pasión amorosa nos hace tan voraces, tan ávidos, que es poco lo que nos queda entre las manos de toda esa agua luminosa que hemos recibido”. Insistió que sus poemas amorios no tenían nada que ver con la muerte. Sus poemas florecen en el clima benigno de la primavera; con ella llegaban a su ánimo las palabras

¹ Fragmento de “Elegía de Tlatelolco”.

“para forjar el poema”, dice Hugo Gutiérrez Vega.

La poesía de Carlos, impregnada de elementos recurrentes, como la lluvia, los árboles, el polvo y las calles, acoge la memoria y el tiempo y predomina el sentido de la eternidad, el reconocimiento de nuestro origen en cualquier cosa que surja al alcance de nuestro cuerpo: el sol, la luz, un aroma, un río, donde se manifiestan las emociones; ellas están más cerca de la sensualidad que de las cosas. Decía que el amor y el erotismo son lo que más nos acerca a la condición eterna, aunque él siempre se reencuentra con lo universal que había en su casa de infancia.

Sus poemas tienen una musicalidad natural, melodiosa, rítmica. Formados por versos eneasílabos, endecasílabos y alejandrinos, aspiran a recuperar los versos latinos. Esa musicalidad permea también su narrativa, cuento y novela; el lenguaje poético prima en toda su obra.

Su primer libro de poesía, *Las Armas del Viento*, está dedicado a su hijo David, quien murió siendo un niño, y a sus amigos que le enseñaron a trabajar la madera. En el bosque aprendió a resistir y comprender el dolor. La muerte del hijo fue una experiencia intolerante, intransigente, sin concesiones: “Es el aliento que entibiará los mismos lugares / cuando abracemos la tierra que ahora nos sostiene; / que a través de otras noches, de otros años, / llegará hasta nuestros siguientes cuerpos, / persistirá en nuestras siguientes vidas [...]”.

En *Finisterra*, poema de largo aliento dedicado a Baja California, su encuentro con el mar es un canto a la mujer, a la inmensidad del amor, es un poema erótico y en él nos encontramos una declaración de amor a pueblo natal: “Subo al monte de mi pueblo. / Subo a la parte más alta del monte, / encima de mis recuerdos, encima de mi vida. / El mundo y la tarde me rodean, / y parecen la casa de mi infancia cuando había fiesta”.

Durante una estancia en China, Carlos conoció a los vates chinos de la Dinastía Tang y aquel país lo envolvió con la presencia de la neblina, efecto que vuelve a relacionar con su infancia en Parral donde los inviernos suelen ser poderosos y la neblina permanente. “Me he encontrado con neblina en otros sitios y en otros momentos como en China. A mí, la neblina me atrae mucho, porque me obliga a concentrarme de otra manera, en un sentido corporal, espiritual”. Tras diecisiete años de ese viaje, el poeta escribió *Los Poemas de Tsing Pau*, poemario prologado por su amigo Tito Maníacco, quien dice que “Montemayor construye rítmica y armoniosamente un mundo sencillo y al mismo tiempo complejo, en el cual coexisten los grandes temas existenciales del vivir conectados estrecha e íntimamente al paisaje mexicano [...]”.

Por su profusa obra, Montemayor recibió múltiples reconocimientos tanto en el extranjero como en nuestro país. Uno de los últimos fue el Premio Nacional de Ciencias y Artes en diciembre de 2009. En esa ocasión nos dejó varias


EN
TOR
NO

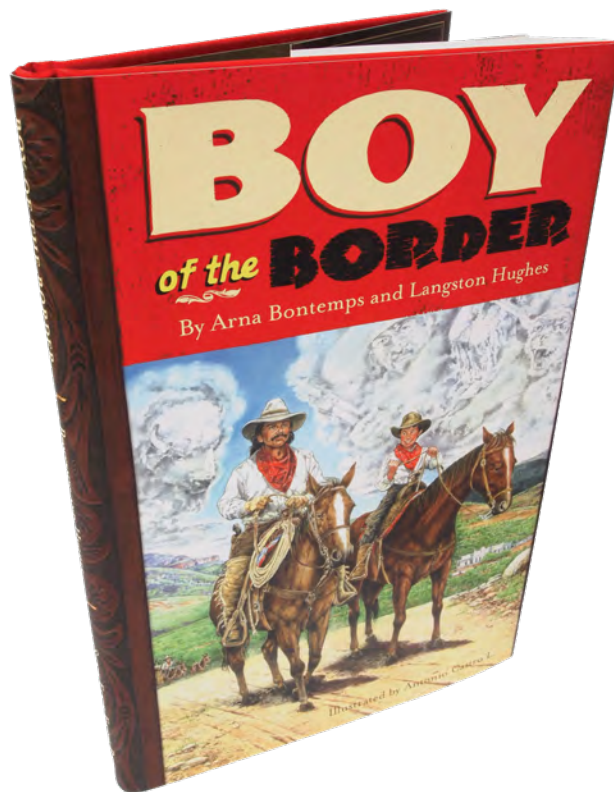
15

frases para la memoria y para la acción: “La cultura es la solidez de los pueblos, la identidad de éstos. Esa cultura no la pueden manipular los medios informativos ni las campañas políticas. Hacia esa fuerza del país se engloba la ciencia, el arte, la identidad, nuestra historia, y deberíamos destinar, no diría más recursos, eso se da por sentado: deberíamos dedicarle más cuidado, más amor”.

Montemayor dejó cuatro libros inéditos que fueron publicados en 2011: *Las mujeres del alba*, el poema *Apuntes del exilio*, una entrevista con la escultora cuauhtemense Águeda Lozano y un nuevo volumen sobre nahuatlismos. La novela fue publicada por Mondadori y el poema con diez cantos se encon-

traba en imprenta cuando sucedió su fallecimiento. Del poemario *Apuntes desde el exilio*, Quiariarte reconoció ecos de *El cantar de los cantares*; esta obra la dedicó a Susana de la Garza, su mujer, quien aseguró que este poemario le ayudó a escapar de la tensión que le producían su trabajo en la Comisión de Mediación y el tema tan fuerte del libro *La violencia del Estado*.

Este ha sido y sigue siendo Carlos Montemayor. El que una vez apuntó: “Empezamos en la bóveda celeste y terminamos en la tumba. Es un ciclo de lo vivo. Es el caso los gansos salvajes que se van y queda desolada la tierra para después reverdecer. Me pregunto si tendremos la oportunidad de vivir de nuevo”. 



Antonio Castro (portada), *Boy of the Border*, Sweet Earth Flying Press, LLC, 2009.